

# El intervalo



EL INTERVALO

AURELIO SERRANO



PLASSON & BARTLEBOOM

Índice

PRIMERA EDICIÓN: noviembre de 2025

© del texto, Aurelio Serrano, 2025  
© Plasson e Bartleboom, S. L., 2025  
Calle Aldea del Fresno 29, 6ºD  
28045 Madrid

ISBN: 978-84-10483-32-3  
DEPÓSITO LEGAL: M-22060-2025  
CÓDIGO BIC: FA  
DISEÑO DE COLECCIÓN: Daniel Mira  
IMAGEN DE CUBIERTA: Wasitapril  
IMAGEN DE AUTOR: Rafa Galán  
MAQUETACIÓN: María O'Shea  
CORRECCIÓN: Estela Gómez y Nacho del Arco  
IMPRESIÓN: Kadmos

El papel utilizado para la impresión de este libro ha sido fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones tratados con los más altos estándares de sostenibilidad, lo que garantiza una gestión de los recursos responsable con el medio ambiente y las personas.

IMPRESO EN ESPAÑA - PRINTED IN SPAIN

|                                             |     |
|---------------------------------------------|-----|
| 1 EN ALGÚN MOMENTO ENTRE VIERNES Y SÁBADO   | 15  |
| 2 SÁBADO                                    | 17  |
| 3 SÁBADO TODAVÍA                            | 27  |
| 4 MÁS SÁBADO                                | 39  |
| 5 DOMINGO                                   | 53  |
| 6 LUNES                                     | 65  |
| 7 EN ALGÚN MOMENTO ENTRE MARTES Y MIÉRCOLES | 71  |
| 8 MIÉRCOLES                                 | 73  |
| 9 MIÉRCOLES TODAVÍA                         | 87  |
| 10 JUEVES                                   | 97  |
| 11 JUEVES TODAVÍA                           | 103 |
| 12 SÁBADO                                   | 113 |
| 13 EN ALGÚN MOMENTO ENTRE SÁBADO Y DOMINGO  | 121 |
| 14 DOMINGO                                  | 123 |
| 15 DOMINGO TODAVÍA                          | 133 |
| 16 VIERNES                                  | 143 |
| 17 VIERNES TODAVÍA                          | 153 |
| 18 SÁBADO                                   | 165 |
| 19 DOMINGO                                  | 171 |
| AGRADECIMIENTOS                             | 173 |

*A Martina, que no podrá leerla.  
Y a Miriam, que lo hará por las dos.*

Cada uno de nosotros comete en su vida un error mortal  
y cuando nos damos cuenta, ya se ha producido lo irreparable.

AGOTA KRISTOF

Luego después está el tiempo.  
El tiempo que media entre la llamada y el cuerpo.  
MIGUEL ÁNGEL HERNÁNDEZ

*[SIN TÍTULO]*

*Febrero 7, 2010*

*Publicado por 4N4*

---

*Cómo ha podido olvidarse de ti.*

### **En algún momento entre viernes y sábado**

Hay un fotomatón.

Tiene corrida la cortina azul y por debajo asoman, balanceándose, los zapatos negros de la niña.

El fotomatón, me digo, es como los de antes. De taburete a rosca y cajetín de secado; la cabina decorada con carnés y pasaportes de caras sonrientes y nombres inventados.

De pronto, los zapatos se detienen bajo la cortina. Las piernas bajan y los talones se clavan en el suelo de chapa, con un golpe seco. Luego dan la vuelta tras la tela, haciendo que ondule. Adentro suena el chirrido del asiento, las piernas brincan y se recolocan de nuevo. Entonces hay un tintineo, después un roce de metal y las monedas van cayendo, una a una, en las tripas de la máquina.

El primer fogonazo, diría, coge a la niña desprevenida: las manos abiertas sobre los muslos, sus dedos tensos. Después los cruza. Los otros tres destellos se suceden en completa quietud; con ese sonido amortiguado del flash, como de golpeo a un almohadón.

Al cabo de unos segundos el fotomatón empieza a zumbar. Los zapatitos retoman su vaivén por debajo de la cortina y el aire se impregna con el olor del revelado.

La niña no sale. Yo tampoco descorro la tela azul. Quietos los dos. Como si fuéramos parte de una foto más grande y ninguno quisiera salir movido. Y así, parado junto a la cortina, me digo que hay algo viscoso en este instante. Algo de sustancias mezclándose, reaccionando. Una química sostenida que se rompe, de pronto, cuando la tira de fotos cae al cajetín y se enciende la luz roja, y la máquina comienza a escupir los vapores del secado con un ruido espantoso.

**Sábado**

Minutos después cesa el estruendo y la luz se apaga.

Una manita asoma por la cortina. Con el dedo señala el cajetín, sin decir nada.

Meto la mano y agarro la tira de fotos por los bordes. Está húmeda y tiene las imágenes vueltas hacia adentro. La saco y la giro hacia mí.

Entonces las veo. Las cuatro fotografías.

Una debajo de otra.

En todas, sobre fondo blanco, la niña de flequillo negro que no tiene cara.

Ya está aquí, el cabrón.

Como un grillo. Con su cricrí.

Porque, según yo, el mono de tabaco es como un grillo. Lo sé bien: treinta años fumando, desde los dieciséis; y en estos treinta lo habré dejado cuántas, ¿cuatro veces? En serio dos, diría, y de las dos esta es la que más. Por eso lo sé, que este mono es así, como un grillo. Porque llega de pronto, cricrí. Se te cruza. Igual hasta lleva un rato sonando, sin darte cuenta, hasta que sí, cricricrí. Y piensas: un grillo. Pero no uno en concreto, aún no. Todavía es más como la idea de un grillo, algo abstracto. Los primeros chirridos son así, pasan por delante y se van, y tú sigues. En tus cosas, a lo tuyo, hasta que vuelve, cricrí. Y ahí sí: estás jodido. Porque ya no es cualquier grillo. Es un grillo, ese grillo. Y todo tú te vuelves hacia él. Atento, escudriñando por si se va, y no; cricrí. Entonces lo ves. Con sus patas, sus antenas, frotando las alas, cricrí. Y lo que pasa es que ya no es un grillo. Ni siquiera es el grillo, es algo más: es tu grillo. Llenándolo todo. Como si no hubiera otra cosa en el mundo. Y os quedáis solos, tu grillo y tú; y te resulta imposible pensar en nada que no sea ya esa certeza.

Y eso.

Que el tabaco es igual, pero con cigarros en vez de grillos.

Con su olor, su sabor, cricricrí.

Apuro el café y me levanto del sofá para abrir una de las ventanas de la terraza. A quince pisos de altura, febrero es implacable antes del amanecer. Esta madrugada, además, no hay luna ni estrellas. Solo la negra presencia del mar, los destellos de la ciudad al otro lado de la bahía, bajo la silueta del castillo, y este aire frío y salado que seca los ojos. Me asomo y busco algo en lo que fijar mi atención para olvidarme del tabaco. Lo que sea. Entonces lo veo, abajo. Un corredor solitario atraviesa el paseo marítimo con su perro. El animal lleva puesto un collar de esos fluorescentes y su cabeza salta, brillante y verde, cuando pasan por debajo de las farolas fundidas y se alejan por el malecón.

Cierro la ventana y me doy una ducha con la radio puesta. Una escritora a la que entrevistan cuenta que, para preparar sus personajes, identifica a cada uno con un animal. Cómo es, sus movimientos, la forma en que ocupa el espacio. Este un gato, aquel un chimpancé, la otra una lechuza. Me gusta la idea. Delante del espejo meto barriga y luego la suelto. Agarrándome los michelines y acercando la cara a mi reflejo me pregunto qué animal sería yo si ella me escribiera. No dudo un segundo: un buey. Los ojos separados, las espaldas anchas, la nariz rota del rugby; los veinte kilos de más por haberlo dejado de golpe con el menisco destrozado. Termino de secarme. Me visto y preparo la bolsa con mis cosas. Desde el pasillo doy un último repaso a la casa, volviendo la cabeza. Luces, enchufes, ventanas. Todo bien. Abro la puerta de la entrada y suena un golpe al otro lado del pasillo. Dejo la bolsa en el suelo y me asomo. La puerta de la habitación del fondo se ha vuelto a entreabrir. Enciendo el pasillo y lo atravieso, recordándome que cuando regrese tengo que desmontar el tirador y arreglarla de una vez. Al llegar al final

agarro el pomo de la puerta, la abro y me asomo. El cuarto está a oscuras, las persianas bajadas. La luz a mis espaldas proyecta mi sombra sobre una de sus paredes verdes. De pronto siento frío. Esta parte de la casa está siempre helada, me digo, cerrando la puerta. Vuelvo a la entrada, compruebo que tengo en el bolsillo las llaves del coche y, ahora sí, me marchó.

Paro el motor delante de la casa y abro la guantera. Solía tener algún paquete de tabaco ahí. Por suerte ya no, supongo. Quito el móvil del soporte del salpicadero y en apenas unos segundos el parabrisas comienza a empañarse. Afuera, el sol aún no ha despuntado por la sierra. Los contornos de los jazmines de invierno que cuelgan a ambos lados del portón se difuminan tras el cristal, hasta no ser más que dos enormes manchas amarillas. Bajo del coche. La rodilla operada se me ha entumecido y sacudo la pierna derecha, golpeando con el pie en la acera, y una nube de vaho se forma delante de mí. Los perros ladran del otro lado del muro. Saben que he llegado.

Construida en la falda de la sierra, bajo el pinar y entre adelfas y coscojas, la casa de Dante y Germán es la última a la que puede llegarse en coche. Justo antes de la subida al mirador. Más arriba y en la otra cara del monte, los restos de un antiaéreo republicano dominan la ciudad frente al mar.

Saco mis cosas del maletero y llamo al telefonillo, alborotando aún más a los perros.

—¿Quién? —pregunta Germán.

—Quién va a ser —contesto.

La puerta zumba y se abre.

Cada sábado igual. Nueve años viniendo todas las semanas a ver a su hijo, y Germán siempre pregunta. Luego abre la puerta

de fuera y se queda esperando. Espera a que yo entre y salude a los perros, cruce después el descuidado jardín con ellos jugando entre mis piernas, bordeé la piscina, ahora cubierta con una lona llena de hojas secas, y llame al timbre de dentro. Solo entonces, Germán me abre la puerta de la casa.

—¿Qué? —dice, al verme la cara—. Me gusta que suene. Ya lo sabes.

Germán se apoya en el marco de la puerta, respirando con dificultad y lanzándome su olor a tabaco. Al verle así recuerdo a la escritora de la radio y el padre de Dante, de pronto, me parece un perro de esos, un bóxer. Robusto, de patas cortas y pecho ancho. La cabeza cuadrada y grande, las mejillas descolgadas y los ojos diminutos y negros. Hasta respira como ellos: boqueando y haciendo ruido, como si siempre tuviera flato y todo le quedara lejos.

—Cada vez llegas más tarde —me dice, jadeando.

—No es verdad —contesto—. Lo que pasa es que tú cada vez te quieres ir antes.

—Puede ser, je —dice—. Cojo la chaqueta y me voy. No tardo nada.

Germán se pierde por el pasillo, donde espera ya su bolsa.

Mientras, saco el móvil del bolsillo. Miro el temporizador. Cincuenta minutos y trece segundos hasta la siguiente pastilla. Todavía. Abro entonces la aplicación que calcula los cigarrillos que he dejado de fumar, cuánto llevo ahorrado y hasta los días de vida que he ganado. Pocos me parecen, para lo largo que se me está haciendo.

Al fondo de la casa se oye a Germán despedirse de su hijo. A voces, con ese canturreo suyo cuando habla a Dante en valenciano.

—*M'en vaig, xiquet. Fins demà.*

Con la bolsa y sus cosas en la mano, Germán sale al porche, la chaqueta bajo el brazo. Al bajar el primer escalón se detiene, rebuscando en sus bolsillos. Refunfuña. Suelta la bolsa y la abre en el suelo, revuelve en su interior.

—*Las claus* —dice, la muda esparcida por el piso—. Me cago en mi estampa.

Bufando, desaparece pasillo adentro. Al poco se oye un abrir y cerrar de cajones, seguido del revuelo de cosas que caen, ruedan y son recogidas. Un portazo, luego un silencio y una palmada. Germán hace ruido hasta cuando no está. Entre resoplidos, regresa a la entrada y me guiña un ojo, sonriendo con sus dientes amarillos. Entonces entorna la puerta y echa mano a la cerradura. Las llaves tintinean, puestas por dentro.

Le ayudo a meter de nuevo la ropa en la bolsa, mientras bromeamos sobre su memoria. La cierra y nos despedimos, pero antes de bajar al jardín, Germán se vuelve hacia mí.

—¿Te quieres ir de una puta vez? —le digo.

—¿Sigues sin fumar?

—Pensaba que no te ibas a acordar —contesto—. Veinte días hoy.

—*Res de res?* —dice acercándose, como si me olfateara—. *Molt bé.* Un día de estos me animo yo, je —añade, y saca una cajetilla de la chaqueta—. ¿Te importa?

Sin dejarme contestar se enciende un cigarro. Las caladas de Germán son largas y seguidas, ansiosas. Cricrí. Bastan dos para que nos separe una densa cortina blanca.

—No me has preguntado por él —dice. Y tiene razón.

—¿Cómo está?

—Ahora mejor —contesta—, pero ayer tuvo un mal día.

Un mal día para Dante es un infierno para los demás.

—¿Por las úlceras? —le digo.

—No —dice—. Bueno, eso también.

Germán me cuenta que la de la pierna la tiene fatal, que huele que tira de espaldas. Del asco se me pasan las ganas de fumar.

—De todas formas —dice—, lo peor no fue eso.

—¿No?

—No.

Me quedo esperando a que me diga, pero el padre de Dante calla y da otra calada.

—¿Qué pasó?

—Que te cuente él —dice, el humo por la nariz—. Que yo aún tengo mal cuerpo.

Luego apura el cigarro. Antes de alcanzar el cenicero que hay en la albardilla de la ventana, se le cae la ceniza sobre los zapatos.

—Ah —dice, sacudiendo los pies—. Ya sabes: el gel de desbri-  
dar está en el baño, donde siempre. Vigila la tensión. Si se dispara,  
la crema, pero ponte los guantes, no seas animal; que mira cómo  
se te quedaron los dedos la otra vez. Y con lo que sea, me llamas.

—No te voy a llamar —le digo—. Lárgate y descansa.

Germán agarra sus cosas, baja por la rampa y se despide de mí hasta la mañana siguiente. Después sale disparado por la puerta, los perros gimoteando junto a ella.

La distancia va apagando el ruido de su coche y el jardín vuelve a la calma de un sábado tan temprano. Cojo la bolsa, respiro hondo y me vuelvo hacia la casa.

Entonces, la presión en el pecho.

Al poco, las ganas de fumar. Todo junto.

Saco el móvil: cuarenta y seis minutos y medio para la pastilla. Cricrí. Cuatrocientos ocho cigarros no fumados, cricricrí.

El plan B, me digo. Cierro los ojos y empiezo a contar, respirando despacio:

Título uno, el homicidio y sus formas...

Título dos, el aborto...

Título tres, las lesiones... Inspiro...

Título cuatro, las lesiones al feto... Expiro...

Título cinco, la manipulación genética... ¿Sí...?

Abro un ojo. Luego el otro, y sí.

El grillo se fue.

El chalé son dos cubos simétricos de hormigón, acero corten y cristal, comunicados en la planta baja por un rectángulo revestido de listones de madera y un pequeño porche en la entrada que da al jardín delantero. El cubo de la derecha es el de Dante, el izquierdo de Germán; abajo, lo común. Por detrás, el jardín es el doble de grande y un pino de tronco delgado se retuerce y eleva, abriendo su copa sobre la casa como dos manos ahuecadas. Más allá, el sol empieza a rebasar la sierra, remodelando con su luz el volumen de las cosas. Dos cernícalos cruzan por delante de la fachada. Zigzaguean y se pierden después por los acantilados, lanzando su chillido contra las rocas.

Entro y dejo mis cosas en el butacón del recibidor. A mi derecha, la mañana se vierte dorada por el tragaluz y los ventanales de las escaleras que comunican con esa parte de la casa. Paso al salón y veo que Germán ha dejado puestos unos troncos en la chimenea, listos para encender. Enfrente, las cristaleras se abren al jardín, donde los perros duermen al sol, junto al pino.

Regreso a la entrada. En las escaleras compruebo que el elevador está arriba, así que Dante aún no ha bajado. Subo por ellas y de pronto la casa huele. Me sucede en todas partes, desde que dejé de fumar: voy olfateando sin darme cuenta y me detengo, igual que un perro. Abriendo las aletas de la nariz como si todo fuera nuevo y tuviera que poner olor a las cosas. Hoy huelo a

Dante antes incluso de llegar al piso de arriba. A botiquín y a su aceite de almendras dulces.

Desde el pasillo me asomo al estudio. Tiene las persianas bajadas, pero no del todo, y la luz se cuela por sus ranuras en finos haces que se desvanecen antes de llegar al suelo. Enfrente está su dormitorio, cerrado. Llamo con los nudillos y no responde. Al abrir, la corriente de la terraza me obliga a empujar la puerta y las cortinas ondulan al otro lado del cuarto. En el sillón hay una almohada y una manta doblada y me digo que Germán ha pasado la noche junto a la cama de su hijo. Cruzo la habitación y salgo. Dante está afuera, al sol. De espaldas y vuelto hacia la sierra. Mirándola como siempre. Al oírme salir, acciona el motor de la silla de ruedas, girándose hacia mí.

Dante se ve pequeño en la silla, porque todo le viene grande. Ancha la bata azul, holgadas las perneras del pijama. Como sin carne adentro. Solo una cosa se ajusta a él: sus patucos. Acolchados en los talones y abiertos en el empeine, los dedos asomando, huesudos y retorcidos. En la atrofia de Dante hay una especie de violencia a la luz de la mañana, en sus claroscuros. Los codos doblados, las muñecas vueltas. Como si cada articulación en su cuerpo estuviera girada hacia donde no es. Una fiereza que a Dante, en cambio, se le acaba en los ojos: redondos y verdes, como dos charcas escondidas tras el flequillo quebradizo.

—Pensaba —dice, con esa pausa suya— que mi padre no se iba a ir nunca.

—Es pronto —le digo—. Tenemos todo el día.

—Y mucho por hacer.

Después mueve hacia mí la silla de ruedas, manejando con la barbilla el mando colocado a la altura del mentón.

—Alexa —dice Dante al altavoz—: pon el último de Hermanos Gutiérrez.

El bafle contesta obediente y un par de segundos después dos guitarras comienzan a trenzar acordes. Sonando a frontera y a desierto, a nubes arreboladas.

Durante unos minutos nos quedamos mirando la mañana romper sobre la sierra. Los ruidos de las casas colindantes se van imponiendo a los sonidos que bajan de los roquedos, mezclándose con la música del altavoz. Arriba, las higuerillas brillan hinchadas y rojas, y una bandada de gorriones sobrevuela el pinar, dispersándose después entre los tomillares y lentiscos.

—¿Empezamos? —dice Dante.

—Voy a prepararlo y te aviso.

—Mejor aquí fuera —dice—. Hoy esta puta casa se me cae encima.